

El escritor chileno don Francisco Contreras responde al cuestionario del "Repertorio Americano"

París, 10 de febrero de 1923

SEÑOR DON M. VINCENZI

Estimado amigo:

CON agrado contesto a su encuesta del REPERTORIO AMERICANO, que me parece muy interesante y de gran importancia en los actuales momentos.

Pero su demanda es, tal vez, demasiado amplia y, luego, tiene como base ciertas cuestiones (la existencia de una raza común, la realidad del peligro yanqui, etc.) sobre las cuales no todos los hispano-americanos están de acuerdo.

No contestaré, pues, de manera directa y total. Empezaré por dilucidar esas cuestiones básicas para tratar en seguida de aportar a la solución del gran Problema Hispano-americano, algunas reflexiones, al menos acerca de aquellos de sus aspectos que están en el círculo de mis conocimientos especiales.

El aislamiento en que viven los países de la América Hispana es la causa, tal vez, de que algunos de sus hijos duden de la existencia de una raza común. Pero si tomamos esta palabra en el único sentido que puede dársele al hablar de los pueblos occidentales, esto es, en el de la unidad de origen, de tradición, de lengua, de cultura, de religión, es indudable que existe la raza hispano-americana. Cierto es que la emigración extranjera, en algunas Repúblicas, agrega día a día elementos nuevos a la personalidad nacional, pero es cierto también que ésta asimila completamente esos elementos hasta hacerlos casi imperceptibles en la primera generación. Sabido es que en Argentina los hijos de extranjeros alardean de parecer, en sus hechos y en sus dichos, «criollos». Y tal es la mejor prueba, no sólo de la existencia, sino también del vigor de nuestra raza. Si nuestro Continente está pues poblado por una raza común debemos trabajar porque esta raza se conserve y se desarrolle según sus normas, unificando en lo posible la instrucción, o más bien la educación, con claros «propósitos raciales». Abramos nuestra puerta a la humanidad, más aun, estimulemos la emigración a nuestras tierras, pero conservemos el culto de la verdadera tradición, esto es: de todo lo que hay en el pasado de excelente o de característico. La cuestión no es solamente tornarse un pueblo grande y rico, sino además un pueblo con un espíritu, una cultura y un carácter propios.

Los próceres de nuestra Independencia y, en general, todos nuestros grandes hombres han creído en la raza y, por eso se han preocupado de la unidad continental. Conocida es la iniciativa de Bolívar, tendente a la confederación de nuestros pueblos: tan grande hombre debía ser el promotor de tan grande idea. Pero ha habido luego muchas otras acciones en semejante sentido, llevadas a cabo por algunas de nuestras repúblicas. Así, por ejemplo, el tratado de Confederación que, en 1848, firmaron Chile, Bolivia, Ecuador, Perú y Colombia ante la amenaza de una expedición de reconquista española, o el Pacto de Unión de los Estados Americanos de 1856, originado por la guerra mexicano-yanqui y al cual se adherieron Perú, Chile, Ecuador, México, Colombia, Venezuela, Guatemala, Costa Rica y Salvador. La confederación hispano-americana es, pues, un ideal que data de nuestra emancipación y que ha estado siempre presente en el espíritu de nuestros grandes hombres. Sin duda, su realización no es posible todavía. No nos es dado, pues, pensar desde luego en asunto de tanta trascendencia como la de «comunizar las constituciones de nuestras repúblicas». Pero debemos hacer cuanto podamos a fin de mantener la paz y de reforzar los vínculos fraternales entre

nuestros pueblos. Ahora, como los intereses económicos son la base del desarrollo y la grandeza, es claro que conviene el estrechar nuestras relaciones en este sentido, por medio de medidas adecuadas, como la supresión o siquiera moderación de los derechos aduaneros, la creación de nuevas líneas férreas o de vapores internacionales, etc. Y si el caso lo requiere, acaso deberíamos tomar medidas «defensivas», en igual sentido, para con los países extranjeros.

La intelectualidad de nuestras Repúblicas debe ser la expresión de estas ideas y estos propósitos. Es menester que nuestros escritores pongan el interés general de la América Latina sobre los intereses particulares del gobierno de sus respectivos países. Debemos darnos cuenta, en fin, de que nuestras rencillas son disturbios fraternos, rivalidades de aldea, que no pueden durar, ya que todo tiende a unirse y nada a separarnos. Mas no pocos de nuestros intelectuales son diplomáticos, es decir servidores de la política de sus gobiernos, y así algunos se dan a la nefasta tarea de difamar en el extranjero a pueblos hermanos, ya de manera indirecta, comprando plumas mercenarias, ya directamente y aun invadiendo el campo de la literatura. Convendría que nuestra crítica distinguiera y señalara entre los escritores, a los que muestran espíritu amplio, continental, y a los que sólo trabajan por intereses particulares. La crítica, la verdadera crítica (no el «panfleto» ni el «elogio» de moda hoy entre nosotros) podría formar así una conciencia literaria hispano-americana.

El principal deber de nuestro pueblo es, por cierto, el defender la autonomía y la integralidad territorial. Ahora, desde hace tiempo la gran república anglo-americana, con el pretexto de la Doctrina Monroe o simplemente de los derechos del acreedor; viene interviniendo en nuestros asuntos, cohartando nuestra independencia u ocupando nuestro suelo. Ahí están los casos de Panamá, Nicaragua, México, Santo Domingo, innegables. Pero, ¿son solamente los Estados Unidos los autores de este movimiento de invasión? No. Son también algunos hombres de nuestros propios países: Los firmantes de tanto inicuo tratado en desmedro de los intereses nacionales, los caudillos que piden ayuda o amparo al gobierno de Washington, los tiranos o malos gobernantes que desprestigian y arruinan a sus pueblos. De aquí que ciertos hombres ilustres de las repúblicas del Sur, avergonzados, asqueados, no quieran creer en la raza y se recluyan dentro de un patriotismo que no pasa de sus fronteras. ¿Qué hacer ante la catástrofe?

CUESTIONARIO:

1ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6ª Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Respuestas anteriores:

Las de E. J. Varona, Habana; R. Brenes Mesén, Syracuse, New York; L. Lugones, Buenos Aires; B. Sanín Cano, París; N. Pacheco, París; Elena Torres, México; E. Landázurí, México; A. Sux, París; Fed. García Godoy, La Vega, Rep. Dominicana; J. Santos Chocano, San José de Costa Rica.